





da para dirigirse a la iglesia. Algunas veces su mujer queda tan embriagada como él, y, como él, grita y maldice. El domingo el mojaná se pone sus vestidos nuevos y se dirige al templo con su mujer y sus hijos, donde las familias llenan el atrio, y, sentados o en pie, oyen la misa y el sermón. Después se dirigen, de regreso, a sus casas o a las cantinas del pueblo, donde organizan una libación cuyas características y cuya odisea es la misma que la de la vispera.

El mojaná ama, por sobre todas las cosas, una vida libre de compromisos con los blancos y sus autoridades. El no sabe ni quiere saber qué es un ecuatoriano con derechos y deberes. El sólo quiere vivir su vida propia, la de su hogar y su «parcialidad». Más allá de esto, un mundo extraño e incomprensible se extiende ante sus ojos, y lo que más desea es no penetrar en semejante mundo y que este mundo le olvide a él, que le deje solo con su familia, con su pobreza, su dolor y su ignorancia.

Sin embargo, esa libertad en la vida y en la posesión de una tierra hermosa y fértil le permite al mojaná entregar-se a las delicias de un placer salpicado de arte, de acuerdo con una pasión que en él es hereditaria. Como todos los indios de la serranía ecuatoriana, el mojaná posee, hondamente arraigado, un fino sentido estético. En los dibujos geométricos de sus adornos, en las estilizadas figuras de sus bordados y el color de sus vestidos, en el tejido de sus encajes y la arquitectura de su vestir se revela una armonía que es toda una contribución de arte. Y así como la parcela, con la acequia y el sembrado, la choza y los animales, constituye una reproducción en miniatura, pero fiel, del paisaje; así, la persona del indio, con su primitivismo, su variedad y colorido, es la síntesis del ambiente, elevada al grado más alto, gracias al anhelo de armonía del indio. Este sentimiento se exterioriza, ante todo, en el adorno personal, aunque es la mujer la que exclusivamente lo emplea. El hombre viste con elegante sencillez. Ella se cubre de adornos con gran profusión y los lleva siempre, incluso durante el trabajo. Ya ciertas prendas de su vestir, consistentes en pequeños pedazos de tela, que se aplican sobre la cabeza y la espalda («fachalina») tienen más bien un sentido ornamental, que responden a una necesidad verdaderamente orgánica. Sobre los hombros, o delante de ellos, una larga manta («rebozo») se sujeta mediante grandes prendedores de plata («tupos»). Estos tienen una longitud que oscila entre seis y veinte centímetros, y constan de un largo y delgado tallo que remata en una lámina circular de tres a cinco centímetros de diámetro, que ofrece algunas incisiones ornamentales y lleva a veces, en el centro, una piedra barata de color, generalmente verde. En otras ocasiones, el tipo se ostenta solo, delante de los senos. Alrededor del cuello se aplican gruesos y compactos collares, compuestos de numerosas unidades («sartas») y constituidos por cuentas perforadas de coral, de tagua, piedra, semillas vegetales o vidrios de diversos colores. Antiguas monedas de plata, usadas por los blancos, alternan con las cuentas. Con frecuencia se suspende del collar un gran Cristo de plata, de unos veinte centímetros de longitud, y a veces dos. Del perforado lóbulo de la oreja se suspenden grandes pendientes de plata, que suelen rozar los hombros. Su confección acusa una gran variedad de formas y estilos. Alrededor de las muñecas se colocan pulseras, constituidas por numerosas unidades, que constan de cuentas de coral, vidrio y tagua. Tales pulseras se llevan fuertemente ceñidas, y se extienden desde la raíz de la mano hasta la parte media del antebrazo.

Así como en los adornos, hay en los vestidos una diferencia sexual bien manifiesta. Lo que caracteriza el vestido femenino es, entre otras prendas, la camisa, con su profusión de dibujos, bordados con lanas de colores. Lo que da fisonomía al vestido masculino es el «poncho», prenda en la que el indio hace gala de su poderío económico.

La música da vuelo a la alegría del mojaná.

Son sencillos y en corto número los instrumentos musicales conocidos por los mojanás. Consisten en un pequeño tambor de confección primitiva, que se suspende de los hombros por medio de una cinta de cuero y que cae delante del abdomen. La piel apergamizada de oveja que está hecho se golpea con dos palitos delgados y cortos. Sencillas flautas de caña, de diversa longitud, pero que producen siempre la misma tonalidad, son también usadas por ellos. Las hay de dos tipos principales, según estén dispuestas para ser aplicadas en dirección antero-posterior a la boca o se las coloque en dirección transversal a la misma. Existen también, aunque son muy raras, flautas fabricadas de hueso o de metal, de bronce o de plata. Conocen, por último, la flauta de Pan («rondador»), fabricada con tubos de caña de distintas longitudes, los que se disponen en orden de tonalidad decreciente a partir del tono más alto, que se encuentra en uno de los extremos del instrumento. Los mojanás usan casi exclusivamente el «rondador», de pequeñas dimensiones, en «miniatura».

Con tales instrumentos se integra una pequeña orquesta, en la que intervienen de tres a cinco personas: tambor, flauta y «rondador», o un tambor, un «pifano» (flauta de seis agujeros), un «pingullo» (flauta de un agujero) y uno o dos «rondadores». Con frecuencia, especialmente durante los viajes largos y durante el pastoreo, un individuo lleva una flauta o un rondador, del que se sirve para entonar melodías melancólicas en medio de la soledad que le rodea.

Llegamos ahora al momento culminante en la vida de los mojanás.

La fiesta de San Luis.—Para un mojaná, «pasar» la fiesta de San Luis constituye el más caro privilegio. Hasta tal punto esto es una verdad, que el orgullo de ser hombre no se justifica sino cuando ya se ha «pasado» esta fiesta. «Pasar» la fiesta no significa ser un mero espectador o tomar parte en ella como un prosélito o como un beneficiario. «Pasar» la fiesta de San Luis es haber merecido, durante breves días, el honor de convertirse en soberano, con absolutos, aunque postizos poderes; es haber merecido la grata

distinción de representar a su étno ante los altos poderes y es, por fin, haber demostrado un poder económico tan suficiente como para soportar los crecidos gastos que impone semejante conmemoración. Después de San Luis, el mojaná que ha «pasado el cargo» se siente orgulloso y tranquilo, seguro de sí mismo, y sólo entonces cree realmente en sus derechos de hombre, y un complejo de superioridad inunda su conciencia.

El motivo principal de la fiesta, al menos en apariencia, es religioso. Después de preparativos meticulosos, que se prolongan durante varios meses, al llegar el día de la fiesta, el «prioste» (anfitrión) y su séquito están disfrazados, en tanto que el resto de la población viste de lujo. Las mujeres llevan grandes collares («hualcas») y pulseras («manillas»). Los más vistosos zarcillos penden de las orejas y grandes «orejeras» o «rini huaracu» descienden hasta la cintura, desprendiéndose de una especie de sombrero de tela que llevan sobre la cabeza, el «panico» o «fachalina». Una manta de lana de oveja que desciende hasta el suelo—el «anaco»—se sujeta a la cintura mediante una ancha o angosta faja, que lleva una profusión de dibujos a colores, bordados con hilo de lana. Sobre la camisa, dibujada a profusión en el contorno del cuello, cae otra manta, el «rebozo», que cubre el pecho y la espalda. Con éste hace gran contraste el sencillo vestido del hombre.

Trajeados así en este día, que para ellos es tan grato, se dirigen a la iglesia a pie, en un ceremonioso desfile, cuyo orden es el siguiente: rompen la marcha los «corazas», un grupo de guerreros pintorescamente vestidos; detrás viene el grupo de personas encargadas de los fuegos de artificio, que son llevados en alto como estandartes; otros se encargan de los instrumentos de detonación («tarros»), constituidos por un recipiente cilíndrico de bronce, que se llena de pólvora y se hace detonar en cada esquina; sigue a éste otro grupo, constituido por un conjunto de jóvenes disfrazados («yumbos»), que desempeñarán en lo sucesivo un papel muy importante. A continuación va el prioste, alado mediante cintas por los yumbos. Sigue luego la orquesta indígena, que en esta ocasión está integrada por un tambor («caja»), dos flautas de Pan («rondadores» o «pashaguas»), un pifano y un pingullo. A la orquesta autóctona sigue la banda del pueblo, constituida por unos quince «blancos», que tocan instrumentos de sople y percusión. Vienen, al fin, los familiares y los invitados. Termina este desfile en la iglesia del pueblo, donde entran, oyen la misa, sermón, y realizan luego otro desfile («procesión») alrededor de la plaza, derrochando fuegos de artificio y detonando sus «tarros».

Cuando vuelven a casa del prioste, las mujeres trabajan afanosamente en la preparación del banquete, que consta de una colada de harina batida, un plato de «caldo de tripas», hervido con intestinos de borrego, cereales cocidos, que se sirven en platos de barro o en totumas; patatas con salsa de cebolla y presa de gallina o de cuy, aji y chicha. La comida y la chicha se sirven a los invitados y hasta a los curiosos con gran generosidad, tomándolas tanto de las reservas personales del prioste como de los obsequios de gallinas, cuyes (conejos de Indias), «almudes de mote cocido», cereales, pan y tubérculos, que le hacen la vispera sus amigos y parientes. Naturalmente, un servicio de cocina tan grande requiere numerosas vasijas de barro y platos, que le son prestados al prioste por sus allegados. Después de la comida se toma ininterrumpidamente aguardiente y chicha, hasta la embriaguez, que coincide con la llegada de la noche. Más tarde se quedan todos profundamente dormidos en la habitación principal de la casa y en el corredor o en el patio, hasta la mañana siguiente, en que vuelven a la población; ahora, jineteando caballos. Los jinetes corren al galope por las calles y la plaza, deteniéndose bruscamente en las esquinas, en tanto la banda del pueblo y la orquesta indígena entonan animados «sanjuanés», y los tarros llenan el aire con sus detonaciones. Los músicos toman abundante chicha y «trago» (aguardiente) en descansos especiales, llamados «taunas». Ahora son los familiares y amigos del prioste los que se gastan con «tonos» dedicados a éste, y por cuya ejecución la banda cobra «un real» por cada pieza; es decir, diez centavos ecuatorianos; de modo que para ganar un dólar la banda deberá tocar ciento ochenta tonos, repitiéndolos durante la mayor parte del día. Así, la música, que al principio es alegre y ágil, vuélvese más tarde triste y monótona. La suma ganada por los músicos sería realmente irrisoria si no fuera por el prioste y sus acólitos, que los premian en cada esquina regalándoles con media botella de aguardiente o con un sucre (diez reales). Ahora el prioste jinetea un brioso caballo y enca-beza marcialmente el desfile. Sólo le precede el «toro», que, provisto de una bocina grande de cuerno, que termina en un tubo grueso de caña llamado «tunda» o «moya», anuncia con aire lúgubre y marcial la presencia del improvisado soberano. Este se detiene en cada esquina con su séquito y presenta serenamente la cara para recibir sobre ella una granizada de proyectiles, consistentes en caramelos y «colaciones» (dulces de azúcar), que le envían los yumbos, el loa y otros miembros del séquito. Estos se afanan por golpear, «hasta ver la sangre», la cara del prioste, pues al conseguirlo se ganan un premio especial. Después de un desfile tan lento como ceremonioso, el cual sigue a las carreras de caballos, mencionadas antes, se dirigen a la iglesia, que permanece abierta.

El baile, realizado al compás de una música lenta, monótona y lúgubre, consiste en un cadencioso y diminuto zapateo («sanjuanito») de toda la planta del pie, en el que hombre y mujer, que no se tocan, miran constantemente hacia el suelo y alguna vez giran sobre sí mismos. El baile se realiza en la habitación principal o en el patio de la casa.

Así, entre jornadas de placer y exteriorizaciones de arte, transcurre la vida del mojaná, que reproduce, con harta fidelidad, la forma común del vivir y los ideales del indio a lo largo de la gran serranía ecuatoriana.



Rueda de tejer.



Mercado de esteras.



En la feria indígena.